

PIPOL 10: ¿Querer un hijo? Deseo de Familia y clínica de las filiaciones.

Texto escrito en el marco de unas conferencias dirigidas a Pipol 10.

Nuevas formas de familia. “La pequeña diferencia”¹

El concepto de familia ha variado; no es lo que era, esto lo menciono sin nostalgia, pues la nostalgia es ama de un goce que reniega en cierta medida de la pérdida, una pérdida que es imposible de restituir, pero que cuando nos deja situados en ese lugar, impide lo nuevo, y de lo novedoso, su capacidad de invención.

La invención es una posible herramienta que corresponde al parlêtre y una manera de verlo, lo encontramos en esos modos de respuesta que a cada uno le ha tocado hacer, con lo que han sido las contingencias de su vida; con su programa de goce que sabemos, no podemos cambiar, pero que tal vez permita gracias a esa invención, encontrar alguna forma mas asequible de habitar este planeta.

Estamos de acuerdo que esta es la orientación para todo ser hablante que se topa con la vida y con el lenguaje.

Ahora bien, en el texto de introducción hacia PiPol 10, ¿Querer un hijo? Deseo de Familia y clínica de las filiaciones, encontramos la siguiente frase:

“... tendremos que explorar las nuevas formas de alianza para detectar lo imposible que en cada caso constituye la base sintomática”

Entendemos por tanto que esas formas de invención, implicarán la base sintomática para tramitar este imposible; a cada cual el suyo, y cuyo “efecto o defecto” pondrá en marcha el camino a trazar, para encontrar un lugar de ese ser hablante como ser sexuado y ser del lenguaje.

Esto marca un principio de diferencia: cada uno, cada sujeto, deberá encontrar la manera de responder a un real devenido de ese encuentro y es allí donde ese cuerpo hablante tomará las palabras y las ficciones del Otro, para construir con el cemento del lenguaje, su historia; con sus contingencias, sus hallazgos, sus engaños, y sus desengaños; es decir, cosechada de esa alianza constituida de lazos familiares sean los que fueran.

La singularidad de un sujeto corresponde a la singularidad de sus modos de goce. Esto es lo que hace verdaderamente a lo más íntimo del parlêtre; esa marca en el cuerpo que deja huella que como lo subraya Lacan, es del orden de una alteridad absoluta.

Así el pequeño sujeto entrará en el mundo del lenguaje acompañado de un estilo familiar, lugar de caldo de palabras, de confusiones y por supuesto de equívocos. ¿pero cual será su estilo propio?

En la serie “years and years”, serie que recomiendo enormemente, por su excelente manera de abordar temas tan cruciales de la época que atravesamos, la hija de la familia

¹ Lacan, J El Seminario, libro 19, ...O peor, cap. I, La pequeña diferencia, p. 11.

protagonista se declara “transhumana”. Es una familia heterosexual que entraría en los preceptos de una familia común, si se puede mencionar de esta manera.

En la serie, la hija de esta pareja no quiere ser humana, reniega de su condición y busca por todos los medios tecnológicos, cambiar sus capacidades mentales hasta someterse a una operación donde poder insertar en su cerebro un complejísimo sistema de mecanismos técnicos para variar su naturaleza; para finalmente lograrlo, diría, de manera parcial.

No hay duda que la ciencia, sus avances, han permitido que lo inimaginable pudiera ser posible, al punto que el género de ciencia ficción necesite renovarse a una velocidad de vértigo; por esa incansable rapidez a la que estamos sometidos en esta época. Aquí no hay demasiado tiempo de comprender.

Volviendo a la serie, ignoro las razones que llevaron a la chica a realizar esa elección, evidentemente se trata de una ficción, pero nos muestra de una manera certera que no hay nada más antinatural para el ser humano que estar atravesado por el lenguaje.

Ser seres del lenguaje cortocircuita como bien sabemos el programa del instinto y de ese cortocircuito, devendrán las formas de goce que siempre serán de las más variopintas.

¿Que deseo inédito se puso en juego?, no lo sabemos, ¿como se articuló la tecnología para operar esa modalidad de estar en el mundo?, tampoco podemos decirlo, ¿que de la economía pulsional dirigió y favoreció esa solución?, menos aún; pero acordemos que partíamos de una familia de la que por supuesto sabemos poco, pero que como he dicho antes, podría enmarcarse en la clasificación de una familia tipo.

Nada exime al parlêtre de su elección forzada y nada ni nadie garantiza, que la multiplicidad de alianzas familiares posibiliten más o menos que ese niño o niña, ese ser sexuado (aunque en algún momento reniegue de ello) nacido de ese seno, devenga un sujeto más o menos capaz de hacer su vida mas vivible y vivificante.

Lo que si podemos afirmar, y eso la clínica lo verifica, que la dificultad en la filiación, es verdaderamente un problema crucial. La falta de un reconocimiento o dicho en otros términos, la inexistencia de deseo, su característica anónima, sería una forma mas que estragante en el que el juego de las cartas de la vida, podría devenir la realidad mas difícil, mas tormentosa y convertirse en un obstáculo insalvable para ese sujeto en cuestión.

O por el contrario un “exceso de deseo” que sin tapujos llamaríamos goce, nos lleva al mismo punto, un sujeto inundado en un goce que en principio no le pertenece, pero que sí le concierne, porque resulta demasiado real. Sabemos que ese “demasiado” sopesa un resultado nada alentador para ese futuro niño o niña.

Pero lo que podemos acordar, que esto, no lo determina el tipo o característica de familia tocada en suerte; analizar las alianzas es algo más complejo y no se resuelve con lo que

comúnmente se entiende como “norma” o “normalidad “ ya que sonaría como evidente y remite al tópico de “familia tradicional”. Nuestra intención es ir más allá de ello.

Pero volvamos a la diversidad familiar, las nuevas formas de familia.

Efectivamente en esta pluralidad que introduce la época respecto de las elecciones amorosas y porque no decir también, elecciones comandadas por el goce, introduzco el interrogante de ¿que las hace diferentes? en cuanto a lo que podríamos decir, como introduce PiPOL 10, en tanto “nuevas alianzas” y su incidencia en la llamada clínica de las filiaciones.

Vayamos pues a las “diferencias “.

Veamos a grandes rasgos como la ubicamos.

Lo podemos pensar en la perspectiva de los tres registros: Imaginario, Simbólico y Real.

La diferencia imaginaria, podríamos señalar que corresponde a las pequeñas diferencias del narcisismo, las que corresponden al estadio del espejo. Esa diferencia estructural que introduce el espejo frente a la prematuración biológica; cierta alegría, cierto júbilo, por verse en una gestalt completa, con una forma precisa, frente a las piezas sueltas discordantes imposibles de agruparse sin el artilugio de la imagen.

Pero también es la inauguración de la rivalidad con los otros, donde la diferencia juega un papel bastante inexcusable en la dificultad por acceder siempre a la “buena forma”.

También la diferencia imaginaria propicia cierta identidad, por supuesto, no como identidad sintomática, sino frente a un “yo”, soportado en características definidas imaginariamente, frente a la presión de un ideal.

Así en nombre del ideal tenemos el “ideal de familia” que fue sostenido y aun se sostiene, bajo el auspicio de ciertas características o de rasgos, como garantía de la “normalidad” o cierta “salud mental” del grupo en cuestión.

Aquí la diferencia solo pasaría a ser una lectura de los “rasgos de la alianza”, al que supondría todo el glosario de características imaginarias; más ubicadas del lado de cierto prejuicio, que en la legitimidad de lo que las hace del orden de un posible buen encuentro.

Seguimos con la diferencia en términos simbólicos.

La diferencia simbólica diría es es la más elocuente, porque no le cabe otra posibilidad. Es una condición fundamental del lenguaje, es el S1 y el S2, es lo que viene a oponer a

cada sentido su contrasentido. Es la que introduce la diferencia de los sexos: niña- niño, hombre- mujer por ejemplo.

Así entendido, el mundo simbólico construye las diferencias, y eso es lo que posibilita un “orden”, porque introduce de entrada, la operación de separar y relacionar los diversos términos entre sí.

Es esa diferencia que se introduce en el lazo social, en los discursos y que altera las instituciones.

Entonces la familia sería una de ellas, diría, de las estructuras mas tocadas en estos cambios del discurso, aunque no por ello, más aceptadas.

Pero también, asistimos a otro fenómeno, el de anular la diferencia en lo simbólico, que introduce una cuestión fundamental propia de nuestra época.

Es la tendencia a toda “homogeneización”, creyendo que lo equivalente, lo equitativo, es garantía de estabilidad; donde encontramos cada vez más, una llamada a compartir de forma “igualitaria” corriendo el serio riesgo de convertirse en modos de exigencia extrema.

El término de “Parentalidad”² que introduce muy bien, Marie-Hélène Brousse en varios artículos, expresa claramente esa manera de operar, y llamarlo un neologismo refleja claramente la realidad actual.

Sabemos que anular las diferencias en lo simbólico, no resulta facilitador para un niño o niña nacidos en ese entorno familiar, aunque también sabemos, que si las buenas contingencias están de su lado, encontrará las herramientas de las palabras (siempre que acceda a ellas) para producirlas.

Bien, Vayamos ahora a la diferencia en el campo de lo real.

Lacan en el Seminario XIX, en su primer capítulo, denominado “La pequeña diferencia”, comienza a introducirnos en otra lógica, lógica que continuará en el seminario siguiente, Aún, que culminará con sus fórmulas de la sexuación.

Lo que me interesa destacar es que de alguna manera con el matiz de la pequeña diferencia, nos invita a desplazarnos de la lógica binaria; ya no hay una diferencia entre elementos sino que hay una “diferencia” que responderá a una diferencia absoluta, y eso será lo que nos hará únicos, diría, con el Uno por delante o mejor dicho: en el mayor sentido de lo que es: lo Uno.

Nos dice así en ese capítulo: “Cuando digo no hay relación sexual propongo muy precisamente esta verdad de que el sexo no define ninguna relación en el ser hablante”³

Es decir, nada nos garantiza, establecer una “relación”; más bien es algo del orden de lo insalvable. Solo conseguimos un pequeño remiendo gracias al artificio de lo simbólico,

² Brousse Marie-Hélène, Un neologismo de actualidad: la parentalidad, Carretel 12, p. 49.

³ Lacan, J., El Seminario, libro 19, ...O peor, p.13

puesto que ahí, podría hacerse consistir la relación, aunque esta vía no nos dejaría nunca tranquilos del todo.

La lógica que se impone, nos dirige al Uno del goce, con lo cual se anula la diferencia entendida en términos de dicha relación.

Así lo que se destaca entonces, es esa diferencia absoluta, que aparece en el capítulo recién mencionado, como el objeto condensador de goce, siendo ello lo que hará irreductible esa alteridad de un goce del cuerpo, sin Otro.

El parlêtre encontrará con su pequeña diferencia (sin saberlo) el núcleo de su goce que le hará funcionar mas allá de llamarse hombre y mujer. Claro está, luego con las herramientas encontradas en su entorno cercano, irá construyendo modos de hacer y responder con su síntoma, a ese Uno de la diferencia más radical, más absoluta.

Volviendo al capítulo antes mencionado del Seminario 19, "...O peor"; hablando de como el niño o niña será nombrado por sus progenitores o figuras cercanas dirá:

"... la pequeña diferencia estaba allí desde mucho antes, y que pudo ya tener efectos sobre la manera en que fueron tratados como hombrecito y mujercita"⁴

No hay duda que este es el reconocimiento que otorga el lenguaje y que es de suma importancia para el sujeto; pero también destaquemos, que es siempre un error que introduce el equivoco permanente.

Pero me interesa remarcar aquí, que Lacan destaca en esa frase que, esa "pequeña diferencia" pudo haber tenido sus efectos sobre las palabras que se enunciaron en ese momento inicial; es decir, esa diferencia absoluta, comenzó a dejar mella de manera muy precoz sobre los dichos; dichos que más tarde, sin lugar a dudas, serían re significados por el pequeño sujeto.

Las nuevas formas familiares y la pequeña diferencia

Lo que no hay duda, es que esa diversidad en los modos de goce del parlêtre hicieron y harán que se junten o no, unos y otros para constituir lo que podríamos llamar una familia;

⁴ Ibid, p. 16.

a veces con el halo del amor, algunas bajo la égida de un pacto de conveniencia, otras, bajo un imperativo de goce sin discreción posible.

A mi entender, esto no supone diferencia alguna con la familia tipo, es decir, no modifica en nada el tipo de alianza que se establezca, en la clase de encuentros que se produzcan; es decir, hetero, homo, trans, monoparentales, etc.

Las nuevas familias no solo son producto del discurso, del discurso imperante, sino también habilitan formas de goce que se dan a ver; pero sean unas u otras diversas, marcar la diferencia y el respeto de la misma, es en este caso crucial.

Crucial, porque sin lugar a dudas, la diferencia, jugará su partida en todos los registros que mejor o peor anudados, ofrecería la posibilidad de alguna invención sinthomática, conveniente al pequeño sujeto nacido de ese encuentro.

Por ello he introducido el lugar que opera la diferencia en sus tres vertientes, porque el entramado de ellos hace a la invención que el parlêtre recogerá en su encuentro con la vida.

Una viñeta clínica.

Una pareja homosexual (dos mujeres) consultan porque su hijo de 4 años de edad, está muy inquieto. Siempre ha sido un niño “intenso” pero ahora resulta bastante movido y en el colegio está teniendo problemas para reparar en los señalamientos de los adultos, molesta a veces a otros niños, etc.

Hay que destacar por otra parte que este niño no tiene mayores dificultades. Va al colegio contento, aprende y se divierte, tiene amigos, etc.

Lo que interesa resaltar como interesante de esa primera entrevista, es que las madres comentan advertidas de su importancia, como el niño apoyado en las herramientas del lenguaje procura hacer diferencias.

A una madre la llamará de un modo diferente a la otra, ha sido una invención del niño; y a cada una de ellas, asigna una función.

Así con una mamá, lee cuentos, juega, etc y con que es llamada de otra manera, quiere que lo acompañe a dormir, que le ayude con la comida, etc; es algo prácticamente inamovible para él, aunque a veces las circunstancias requieran de cierto movimiento.

Una diferencia en la función, se hace necesaria y él pide mantenerlo a rajatabla.

Diríamos, Luis, así lo llamaré, establece las diferencias, ahí donde aparentemente no se ven claras; sosteniéndose así, en el aparato de lo simbólico.

Es en su invención como introduce la dialéctica que le permite habitar el lenguaje separando significantes y funciones para introducirse y ubicarse como ser hablante de pleno derecho, en el seno de la familia en cuestión.

La importancia de ello permite mostrar por contrapartida, qué sucede en los casos donde el lenguaje aparece en bloque, o donde las alteraciones del mismo, denuncian una

verdadera dificultad de enunciación; ya que es allí donde la “pequeña diferencia” parece no haber operado, es decir, ahí donde la “diferencia absoluta” no ha tenido lugar.

El tejido de lo simbólico, como nos enseña Lacan, demuestra que eso ha sido forcluído.

Esto es: no hay sitio para la separación, porque no hay pérdida, y por tanto tampoco habrá sitio para la diferencia.

Volviendo a la viñeta clínica:

La enunciación de Luis es clara, quiere una mamá nombrada de una forma y otra asignada en tanto distinta o diferente; y eso nos muestra, por llamarlo de alguna manera, que el niño está orientado.

Para Instalarse en este mundo como ser sexuado y asumir la responsabilidad de su existencia necesita apoyarse en el discurso y eso hace Luis, aunque la “agitación de su cuerpo infantil” nos enseña que no resulta fácil.

Dos cosas destacaré del encuentro con este niño:

1) Siguiendo con los avatares del lenguaje me cuenta que está muy pero muy feliz de tener dos mamás; enunciación problemática que verifica que en un mundo donde aún predomina la pareja hetero, pero también donde no es clara la diferencia, esto le supone una dificultad, ; dificultad que intenta resolver y solventar con esa partición de funciones; ahí donde la diferencia como acabo de enunciar, necesita ser sostenida.

2) El lugar de la mirada en el centro de la sesión.

La “pequeña diferencia” se da a ver en los juegos que realiza. Entra a la sesión diciendo “no me mires”, quiere jugar al escondite, “me ves o no” “te veo o no”, realiza un dibujo y en el centro agujerea el papel y empieza a mirar por él; le pregunto “que miras”, responde: al toro.

De más está decir que el toro es él , el toro fálico que rehuye del plus de las miradas maternas.

Demasiada mirada hay en él y eso se observa en la intranquilidad de su cuerpo.

No obstante no es en ello en lo que me quiero centrar, hay muchas cosas para poder pensar de este ejemplo clínico, pero lo que me interesa más bien destacar, es que este parlêtre ha cedido su porción de goce. La pequeña diferencia, en este caso el objeto mirada, hará parte de su diferencia absoluta, y que en el proceso de su construcción fantasmática quedará evidentemente velada pero que como bien sabemos, moverá los hilos de su partida en el mundo.

Es esa diferencia en su vertiente real, en esa alteridad, donde se jugará su posición sexual y porque no decir, su existencia.

Si hay algo que enseña esta pequeña viñeta clínica, es que mientras opere la diferencia, tomada del encuentro del parlêtre con el lenguaje y haciendo acopio de lo que le viene en suerte como marco familiar, sea ese Otro familiar hetero, homo, etc, serán siempre los elementos de que se sirva el sujeto con dicha diferencia, lo que posibilitará de alguna

forma, un baño de buenos encuentros, y donde lo hetero del goce estaría situado entonces, de la buena manera.

Permitir localizar lo hetero en lo familiar, lo verdaderamente Otro, hace a la verdadera diferencia, permite soportarla: ahí donde justamente la tendencia a homogeneizar los modos de goce, a unificarlos, resulta lo ciertamente catastrófico.

Que algo pueda enunciarse de la verdad de la pareja parental, ahí donde no encaja, y dando lugar a la diferencia, augura un buen presagio.

Ruth Pinkasz